

Cuentos en verso para niños perversos

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



loqueleg

La Cenicienta



“¡Si ya me la sé de memoria!”,
dirás. Y, sin embargo, de esta historia
tienes una versión falsificada,
rosada, tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la mollera un poco rancia
consideró mejor para la infancia...

* * *



El lío se organiza en el momento
en que las Hermanastras de este cuento
se marchan a Palacio y la pequeña
se queda en la bodega a partir leña.
Allí entre los ratones llora y grita,
golpea la pared, se desgañita:
“¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas brujas!
¡Les arrancaré el CHONGO por granujas!”.
Y así hasta que por fin asoma el Hada
por el encierro en el que está su ahijada.
“¿Qué puedo hacer por ti, Ceny querida?
¿Por qué gritas así? ¿Tan mala vida
te dan esas lechuzas?”. “¡Frita estoy
porque ellas van al baile y yo no voy!”.
La chica patalea furibunda:
“¡Pues yo también iré a esa fiesta inmunda!
¡Quiero un traje de noche, un paje, un coche,
zapatos de charol, sortija, broche,
aretes de coral, pantys de seda
y aromas de París para que pueda
enamorar al Príncipe en seguida
con mi belleza fina y distinguida!”.
Y dicho y hecho, al punto Cenicienta,
en menos tiempo del que aquí se cuenta,

se apareció en Palacio, en plena disco,
dejando a sus rivales hechas cisco.

* * *

Con Ceny bailó el Príncipe rocks miles
tomándola en sus brazos varoniles
y ella se le abrazó con tal vigor
que allí perdió su Alteza su valor,
y mientras la miró no fue posible
que le dijera cosa inteligible.
Al dar las doce Ceny pensó: “Nena,
como no corras la hemos hecho buena”,
y el Príncipe gritó: “¡No me abandones!”,
mientras se le agarraba a los riñones,
ella jalando y él hecho un pesado
hasta que el traje quedó todo destrozado.
La pobre se escapó medio en camisa,
pero perdió un zapato con la prisa.



El Príncipe, embobado, lo tomó
y ante la Corte entera declaró:
“¡La dueña del pie que entre en el zapato
será mi dulce esposa, o yo me mato!”.
Después, como era un poco despistado,
dejó en una bandeja el chanclo amado.
Una Hermanastra dijo: “¡Ésta es la mía!”,
y, en vista de que nadie la veía,
pescó el zapato, lo tiró al retrete,
y lo desapareció en un periquete.
En su lugar, disimuladamente,
dejó su zapatilla maloliente.

* * *

Ya ves, la historia mejora
mientras la suerte de Ceny empeora.
En cuanto salió el sol, salió su Alteza
por la ciudad con toda ligereza
en busca de la dueña de la prenda.



De casa en casa fue, de tienda en tienda,
e hicieron cola muchas damiselas
sin resultado. Aquella vil chinela,
incómoda, pestífera y hedionda,
no le quedaba bien a ninguna a la redonda.
Así hasta que fue el turno de la casa
de Cenicienta... “¡Pasa, Alteza, pasa!”,
dijeron las perversas Hermanastras
y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,
se puso la de más cara de cerdo
su propia zapatilla en el pie izquierdo.
El Príncipe dio un grito, horrorizado,
pero ella gritó más:
“¡Ha entrado! ¡Ha entrado!
¡Seré tu dulce esposa!”. “¡Un cuerno frito!”.
“¡Has dado tu palabra, Principito,
precioso mío!”. “¿Sí? —rugió su Alteza—.
¡Ordeno que le corten la cabeza!”.
Se la cortaron de un único tajo
y el Príncipe dijo: “Buen trabajo.
Así no está tan fea”. De inmediato
gritó la otra Hermanastra: “¡Mi zapato!
¡Deja que me lo pruebe!”. “¡Prueba esto!”,
bramó su Alteza real con muy mal gesto

y, echando mano de su leal espada,
la descocorotó de una estocada.

* * *



En la cocina Cenicienta estaba quitándoles las vainas a unas habas cuando escuchó los botes —pum, pam, pam— del coco de su hermana en el zaguán, así que se asomó desde la puerta y preguntó: “¿Tan pronto y ya despierta?”. El Príncipe dio un salto: “¡Otro melón!”, y a Ceny le dio un vuelco el corazón. “¡Caray! —pensó— ¡Qué bárbara es su Alteza! Con ese yo me juego la cabeza... ¡Pero si está completamente loco!”. Y cuando gritó el Príncipe: “¡Ese coco! ¡Córtenselo ahora mismo!”, en la cocina brilló la vara del Hada Madrina. “¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta, que tus deseos corren por mi cuenta!”. “¡Hada Madrina —suspiró la ahijada—, no quiero ya príncipes ni nada que pueda parecéseles! Ya he sido Princesa por un día. Ahora te pido quizá algo más difícil e infrecuente: un compañero honrado y buena gente. ¿Podrás encontrar uno para mí, Madrina amada? Yo lo quiero así...”.